


# Superstición

**César Mauricio Pachón Meneses**

 <https://orcid.org/0009-0007-5767-7070>

Universidad Católica Luis Amigó, Colombia

cesarpachon@gmail.com



Segundo semestre de 2025  
e117

Facultad de Filosofía y  
Ciencias Humanas  
Universidad de La Sabana



*La destreza en el dudar no se adquiere en cuestión de días o semanas.*

— Søren Kierkegaard

Luego de que Zaratustra anunciara la muerte de Dios, un nuevo diluvio azotó la tierra durante cuarenta y un días y cuarenta y una noches. Pero lo que llovía no eran gotas de agua, sino los cuerpos inanimados de los dioses. Caían tridentes, coronas, túnicas, serpientes emplumadas y fila tras fila de beatos, beatas, ángeles y arcángeles.

Los volcanes entraron simultáneamente en erupción como si la tierra se recuperara de una larga indigestión escupiendo toda suerte de parcas, espantos, diablillos y diablillas muertos.

Se llamó a esta época la Gran Confusión, y la gente lloraba asustada. Pero Zaratustra habló a todos del fin de la niñez del hombre y cómo libres ya de las taras de los dioses, se les abría la posibilidad de devenir Übermensch. Hombres y mujeres escucharon con atención, y los ánimos se recuperaron.

Por un tiempo estudiaron con nuevos ojos el mundo que los rodeaba: miraron hacia el cielo y vieron por primera vez a los astros no como entidades mágicas que predestinaban sus vidas, sino como planetas similares al propio, siguiendo las reglas simples de la mecánica celeste.

Miraron en sus cuerpos y descubrieron la existencia de bacterias, virus y microorganismos danzando en complicadas interacciones. Notaron también que las enfermedades no estaban conectadas a males de ojo ni a otras entidades maléficas.

Miraron hacia atrás, en el tiempo, y descubrieron cómo la maravillosa autoorganización de los sistemas vivientes condujo

## Cómo citar

Pachón, C. M. (2025). Superstición. *Égora*, 1(1), e117. <https://e-gora.unisabana.edu.co/index.php/egora/article/view/26599>

a la aparición del cerebro humano, el pedazo de materia más asombrosamente complejo del Universo Conocido.

Miraron dentro de sí, y vieron cómo la conciencia, mistificada de mil maneras, se ofrecía ante ellos como el comportamiento emergente de capas y capas de unidades de procesamiento masivamente paralelizado, capaz de recordar, aprender y simular.

Al ver esto, Zaratustra se sintió satisfecho y entró a su casa a dormir. Pero durante la noche, los hombres se movían inquietos en sus camas. Las explicaciones de la ciencia se les antojaban frías y abstractas. La ausencia de juicios morales en las tablas de datos de las observaciones científicas era bizarra y no respondía a sus diarias cuitas... Lloraban bajo las cobijas por sus dioses perdidos y hubo unos que, en la oscuridad, arrastraban hasta su casa los huesos y despojos de sus deidades, los entronizaban y adoraban secretamente.

Y una gran paz volvió a sus corazones.

Cuando Zaratustra despertó al siguiente día, encontró que su vecino ofrecía elaborar cartas astrales para predecir el futuro. La siguiente vecina afirmaba poder usar cierta energía invisible que fluía de sus manos para curar enfermedades. Otro garantizaba que podía hablar con los espíritus de los muertos, incluso de mascotas, y se supo de alguno que mensualmente consultaba por este medio con su fallecido perro, quien en vida nunca aprendió a devolver la pelota, para que le aconsejase en decisiones financieras.

Muchos de estos nuevos magos se disfrazaron con conceptos y términos propios de la joven ciencia, e hicieron todo lo posible por reconciliar viejas creencias y presentarse como auténticos científicos.

Otros la atacaron directamente, clamando que eran los poseedores de una ciencia mucho más perfecta pero olvidada; y cuando se les preguntaba por el origen de esos conocimientos, hacían misteriosas referencias a sencillas tribus indígenas, extraterrestres interdimensionales y gurús renacidos y transmutados desde tiempos pretéritos.

En todas partes la gente sonreía, pues encontraron lo que en el fondo siempre habían buscado: no esa Verdad costosa e incómoda, que no teme decir “no sé” mientras sigue buscando respuestas, sino una colección de verdades pequeñas, personalizables, consoladoras, fáciles de vestir y llevar a cualquier lado.

—¿He llegado demasiado pronto? —se preguntó Zaratustra al contemplar a la gente desde la puerta de su casa. Repentinamente sintió el peso de una vejez infinita. En la acera del frente un caballo se desplomó, víctima de cansancio y los atroces maltratos del cochero. Cruzó la calle, dejando todo atrás, y abrazó al animal. Un suave arroyo de lágrimas barrió con todo su optimismo en la raza humana.